

Los Libros

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA CHILENA, por *Pedro N. Cruz*.—
(2 tomos), editorial Nascimento

I

Los herederos del señor Pedro N. Cruz—fallecido en noviembre de 1939—y algunos amigos fervorosos de su sistema crítico, reunieron los artículos dispersos del autor, publicados hace algunos años en diarios y revistas y dieron a la estampa los tomos segundo y tercero de *Estudios sobre la literatura chilena*. El primero fué publicado en 1926. El señor Cruz se había retirado a la vida privada; había dejado de escribir, por lo menos para el público, desde 1922 más o menos y no había querido volver a ocupar la atención con sus juicios críticos. Era un católico fervoroso, un tradicionalista *a outrance*, un convencido de que las ideas liberales primero y más tarde las transformaciones determinadas por el izquierdismo político, habían desvirtuado y corrompido la naturaleza social de los chilenos. Y se sentía descentrado en un mundo que no comprendía y al que seguramente nunca quiso comprender.

La naturaleza de su especulación crítica es, sin embargo, objetiva, externa. No hay a lo largo de sus estudios, desgarramientos muy hondos o turbaciones metafísicas. Su religiosidad era simplemente formal puesto que cumplía celosamente, según se sabe, con los ritos que impone la iglesia católica y fué un creyente convencido. Si atacaba a los escritores liberales del

siglo XIX y a los escritores independientes del siglo XX, fué porque hacían según él mofa de la iglesia y perturbaban con sus afirmaciones el criterio de la sociedad que debía marchar envuelta en el ropaje de una virtud irrompible.

Cruz no toleró ninguna de las transformaciones sociales que invadieron a Chile y que desalojaron de sus sitios a los clanes antiguos para ser substituídos por los nuevos ídolos de la multitud. Esta tragedia la pasó el señor Cruz en la intimidad de su hogar y no dió muestra alguna de ella, a los extraños. Sus íntimos conocieron, sin duda, su pensamiento. Y los lectores de sus crónicas pudieron entender que se revelaba en ellas la discriminación tenaz de un temperamento de ruda franqueza. Hay quienes han aludido a descalabros de la amistad y a abusos de confianza de que fué víctima este hombre tan singular. No conocemos nada de ello y para nuestros propósitos nos basta el proceso mismo de su sistema crítico con el cual no podemos decir que la literatura haya ganado gran cosa.

Cruz era un temperamento seco agudo, socarrón y de una seriedad imponente. Pero su prosa se inflaba a veces con los sarcasmos con que sabía dar en el blanco de sus víctimas literarias. Tenía la sencillez de un narrador muy simple. Años atrás, en los días de su juventud, había publicado algunos libros de fantasía, desprovistos de gracia. Su sentido narrativo fué yermo, deshuesado, y su estilo carecía de vibración poética. La novela no es un paseo crítico sino una liviana trasposición de la vida en un vuelo plástico y humano. Las novelas, *Esteban* y *Flor del Campo*, son impresiones de su vida campesina. Porque Cruz fué agricultor un tiempo y derivó de allí, sin duda, de su contacto con la tierra esta suerte de rigor positivo, de sentido práctico y de ausencia de imaginación que lo caracterizan. Si existe algo que pueda ser denominado el hombre de la realidad, es el agricultor de vieja cepa, el agricultor que parece estar siempre de vuelta y que es el dueño de un irritante buen sentido. La tierra le suministró la moderación en el pensar, la so-

carronería en él tan fértil, la agudeza para percibir el lado ridículo de los hombres. La naturalidad campechana de su estilo que camina impasible y liso, demuestra que no tuvo nunca el ímpetu de la crítica constructiva. Cruz vapuleó a los que no pensaban como él y ensalzó a los que le parecían católicos. Cruz no se exalta sino en muy raras ocasiones y sólo cuando le toca escribir sobre los escritores que fueron de su doctrina conservadora.

En el prólogo de su primer volumen, estampó con claridad lo que pudiéramos llamar una declaración de principios. Dijo que en los volúmenes de sus estudios sobre la literatura chilena, él estudiaría a los escritores en sus aspectos literarios y los atacaría cuando combatieran a la iglesia católica. La iglesia católica era, indudablemente, una acepción que involucraba todo lo que pudiera ser considerado como defensa de las costumbres y de las virtudes que constituían la tradición del Chile viejo que él había conocido en los días de su infancia y adolescencia.

Esta declaración crítica es muy honrosa, pero no es menos cierto que quitó imparcialidad a sus juicios, le hizo ser injusto en muchas ocasiones y aunque trató de revestir sus análisis con la mayor dosis posible de imparcialidad, saltan por entre las junturas de sus palabras, los duros enconos doctrinarios. Escritor liberal que caía bajo su lente de analista, estaba condenado ser expurgado en todos sus defectos o errores. En cambio con muchos conservadores fué indulgente y hasta generoso. Los elogios que prodiga a Arteaga Alemparte o a Valderrama que experimentó la conversión al catolicismo en sus últimos momentos, no pueden ser tenidos como normas de su método.

No se le puede negar a Cruz su franqueza en ocasiones áspera y desapacible, su erudición histórica, sus conocimientos gramaticales, su agudeza y su sinceridad. Pero su crítica, aunque es fácil de leer aún ahora, hiela porque carece de generosidad, aun en el manejo de las ideas, que en Cruz son limitadas.

Muchos de los movimientos esenciales de nuestro proceso de evolución histórica o literaria no le merecieron comentarios hondos o comprensivos. El 42 pasó para él sin gloria y la renovación literaria del 900, tampoco le causó mayor inquietud. En el tercer volumen se han reunido los artículos publicados en el primer cuarto del siglo actual y allí aparece uno en que se refiere a la literatura de comienzos del siglo XX en el que analiza a escritores como Baldomero Lillo, Federico Gana, Mariano Latorré, Espinosa, Santivan, etc., si bien en forma muy esquemática. Cruz, toma los libros o los autores aisladamente sin considerarlos en su formación o en las conexiones con el medio o en la naturaleza de sus sensaciones estéticas, y sin dar importancia alguna al significado de la aparición de esos escritores después del afrancesamiento de la literatura en el período que va desde 1870 a 1900. Las notas que dedica a cada uno de los nombrados son acertadas en muchos aspectos pero no forman un contorno del cual surja clara la personalidad estudiada. La aparición de la generación del 900 que él debió conocer y a cuyo proceso de nacimiento él debió asistir, no le mereció mayor comentario. Por ejemplo al tratar de Latorre lo juzga simplemente como el animador del paisaje y lo condena porque los personajes son pequeños egoístas e insignificantes. Podría la cordillera aunque sea su escenario gigantesco y grandioso, dar tipos grandiosos también. Estaba limitado en su comprensión, y no podía entender que el paisaje influyera con fuerza sobre el hombre al cual empequeñece y descolora. En todo caso, no fué hombre acondicionado para entender el proceso de nuestra evolución literaria y esto mismo lo distanció de la juventud a la cual atacó creyendo que se trataba sólo de una juventud revolucionaria y demoledora. Encontró en los libros de algunos novelistas, Edwards Bello, por ejemplo, viciosidad y asquerosidad. Lo trató con dureza, con todo el peso de sus argumentaciones sin concederle nada que pudiera ser meritorio en su labor de novelista. «El Roto» le mereció reparos absolutos. Era una novela, para él, imposible de leer, imposible de ser entre-

gada en las manos de los lectores. No quiso ver el hondo sentido de piedad, hacia los desarrapados de la sociedad, hacia los vicios y las prosmicuidades del burdel que allí circula. Del mismo modo fué incapaz de entender el movimiento de liberación que encerraba la literatura de Iris, en cuanto se refiere a la mujer y a su destino en estas sociedades. Las ligaduras dogmáticas le impidieron volar más allá de los conceptos formales de la religión y para él, las virtudes, como las costumbres de la sociedad no podían ser quebrantadas por las ideas nuevas. A Orrego Luco le achacó ser un antirreligioso y confesó que su libro «Casa Grande», que sin embargo aplaude en mucos aspectos, tenía descripciones que eran repugnantes para un católico. En todo momento salía a luz esta preocupación de la defensa católica y esto ciertamente le hacía incurrir, como ya se ha dicho, en errores frecuentes de apreciación y sobre todo en continuas injusticias.

Veremos en otro artículo algunos aspectos de esta labor crítica que ha sido ya entregada al juicio público en los dos volúmenes últimamente publicados.—DOMINGO MELFI D.



EL BLASFEMO CORONADO, de Humberto Díaz Casanueva. Caracas.
Noviembre de 1940

Después de la publicación de «El Blasfemo Coronado», Díaz Casanueva podría repetir lo que Rilke escribía en 1912: «Quedaré siempre como convaleciente de este libro...». El clima poético de «El Blasfemo Coronado» es el producto de experiencias internas terribles y de las fecundas fuerzas de una imaginación privilegiada. Su dramatismo simbólico resulta del miedo y de la angustia frente al tiempo humano que es la muerte y de la heroica tentativa de considerar los límites terrestres no como accidentes sino como su condición primordial.